



## Gaspar Octavio Hernández: texto y contexto\*

---

POR PEDRO RIVERA ORTEGA

Académico numerario de la Academia Panameña de la Lengua

---

Honorable señor Aristides Royo Sánchez, *director de la Academia Panameña de la Lengua*;

honorable señor Aristides Martínez Ortega, *tesorero*;

honorable señor Jorge Eduardo Ritter, *censor*;

honorable señor Mario Galindo, *académico numerario*

honorable señor Rafael Candanedo, *académico correspondiente*;

honorable señor Luis Pulido Ritter, *académico correspondiente*;

honorable señor José Salvador Muñoz, *académico honorario*;

honorable señor Jaime Íngram, *académico honorario*;

honorable señor Eduardo Quirós, presidente del Grupo Editorial

*El Siglo y La Estrella de Panamá (GESE)*

estimados periodistas

invitados especiales

señoras y señores:

Con apego al título de esta charla empiezo por decirles que es imposible referirse a los personajes de la historia, sean políticos, científicos, escritores, artistas, etcétera, fuera de contexto.

¿Por qué? Porque los seres humanos somos producto directo del entramado social, cultural, político, geopolítico e histórico en el que vivimos.

---

\* Discurso en conmemoración del Centenario de Gaspar Octavio Hernández y homenaje a los periodistas panameños, 15 de noviembre de 2018.

El contexto manipula nuestra sensibilidad, eleva, disminuye o destruye nuestra creatividad, estimula o anula nuestra capacidad de pensar. Potencia nuestro interés o desinterés por el conocimiento, la cultura, la justicia. Incluso el amor y el amor por la patria.

En otras palabras: el contexto nos crea.

Es por eso que, a los personajes históricos y emblemáticos, y en este caso a Gaspar Octavio Hernández, se los debe estudiar en el mundo en el que vivieron, no en el mundo en que vivimos nosotros.

Por esa sencilla razón, en los veinte minutos que tengo para exponer, debo ubicar al poeta; en el qué, en el dónde, en el cuándo y en el por qué.

Empiezo por decirles que Gaspar Octavio Hernández nació en 1893.

Tenía 10 años cuando Panamá se independizó de Colombia.

En 1903, la población de Panamá era de solo 300 mil habitantes. Todo el país tenía la misma población que se concentra actualmente en San Miguelito. Pero ya vivía bajo el paraguas de la doctrina Monroe.

Era un país más que pobre, pobrísimo.

Gaspar describe tangencialmente esa realidad en el discurso que pronuncia ante la tumba de Darío Herrera. Lo que dice parece que se lo dijera a sí mismo. Dice:

*«Nulos o escasos centros de educación, abatidos los caracteres, analfabeta el 90 por ciento de la población, en ambiente como ese: el ángel de la poesía era desconocido, apenas si se escuchó su vuelo casi imperceptible. En ese ambiente jugó, creció, se desarrolló».*

Esto significa que al iniciarse el siglo XX es muy probable que solo 30 mil panameños, en todo el país, supieran leer y escribir.

Es dable imaginar, entonces, que en la capital del istmo [digamos Casco Viejo y arrabales] vivirían unos 15 mil panameños alfabetizados.

Las plazas de trabajo orgánico concentradas en la zona de tránsito, en un país diezmado por la malaria, fiebre amarilla,

tuberculosis, cólera, disentería y otras, eran ocupadas por trabajadores e intelectuales procedentes de las Antillas, Europa y Asia.

Es cosa sabida que la construcción del Canal, además de crear una colonia de nuevo tipo en la Panamá, cambió el rumbo de la historia. Que afectó al resto de la humanidad. Que jugó papeles estelares en la configuración del Imperio estadounidense.

Esos panameños y emigrantes panameñizados, a pesar de la dependencia y obvias debilidades, a pesar del tutelaje imperialista injerencista, jamás abandonaron la idea de consolidar el Estado Nacional.

Sabían o intuían que eventualmente Panamá alcanzaría su independencia.

En este contexto nació y bregó Gaspar Octavio Hernández.

En 1904, cuando Gaspar tenía 11 años, sus hermanos mayores, Dimas y Adolfo, se suicidaron.

Su padre, un casquivano, buena gente y seguramente dicharachero, llamado Federico, le endosó a su madre, Manuela Solanilla, dos hijos de una relación anterior.

Luego la dejó. Se fue para «el país del nunca más volver».

Poco después la señora Manuela también falleció.

Este panorama familiar obligó a Gaspar Octavio Hernández a abandonar los estudios después de cursar el tercer grado de escuela primaria.

Pero convergieron a su favor cinco factores: inteligencia, vocación, voluntad, oportunidad... y en los labios el sabor de la palabra.

De aquellos tiempos primigenios rescato la estrofa de un poema donde el poeta rememora su cercanísima infancia.

Es un poema dedicado a su madre. Así dice:

*De mi niñez amarga sólo recuerdo en mi oído*

*Una canción de angustias y desencanto*

*Cada trémula nota, cada sonido*

*Era como un vibrante anuncio de llanto.*

Estoy convencido de que un poeta como Gaspar Octavio Hernández no nace por generación espontánea. El azar, como en todo en la vida, intervino.

En su caso podemos destacar que entre sus maestros figuró el muy renombrado fundador de la Escuela de Santa Ana, don Nicolás Pacheco.

Y también los maestros Antonio Carrillo Vargas y Elvira Ayala.

Los dos últimos fueron parte, en calidad de suplentes, de la Asamblea Constituyente de 1946.

Elvira Ayala, además de maestra, fue miembro del Partido Nacional Feminista fundado por Clara González de Behringer.

Hay que señalar, además, la relación de Gaspar Octavio con un señor llamado Mateo Araúz, exresidente en Nueva York, de formación liberal y excombatiente de la Guerra de los Mil Días.

Este ciudadano, empresario, con cierto talento para escribir versos, empleó a Gaspar como barrendero y luego como cajero en una empresa de Préstamo y Construcciones.

Los biógrafos no lo dicen, pero en el almacén regentado por este señor Araúz, debió haber libros.

Esta relación con los libros, Gaspar la manifiesta en el prólogo de su folleto *Iconografía*. El poeta parafrasea a Demóstenes, así:

*Hoy me preguntan algunos hombres ¿Qué es lo primero que necesitan los pueblos para ser civilizados? «Leer». ¿Y lo segundo? «Leer». Y lo tercero. «Leer».*

Autodidacta, resiliente, rareza ontológica, tal vez llegó a ser el mejor periodista de su época. Trabajó la revista «Ritos» y «Estos y aquellos» con Miró y Geenzier, fundó el periódico *Prensa Libre*. Fue jefe de redacción de *La Estrella de Panamá*.

Escribió poesía, cuentos, crónicas, necrologías, biografías, discursos, editoriales, críticas literarias.

Sé por experiencia que la pubertad es tiempo de poesía. Es la hora de la sublimación de lo apetecible e inalcanzable. A esas edades, el sol de la poesía y la aurora sexual emergen

entrelazados. ¿Y qué es lo dominante en esta encrucijada de la vida?

Sexo y poesía.

A esas edades, Gaspar aprendió a sufrir. Aprendió a amar. Derramaría las primeras lágrimas, escribiría sus primeros versos.

Gaspar leía como fiera acorralada. Los libros serían su nicotina. Pero también frecuentaría hetairas extranjeras, sobre todo rubias, en las timbas creadas para la soldadesca.

Para muestra un botón.

En 1910, a la temprana edad de los 16 años, Gaspar dedicó un poema a una «Bailarina alemana», probablemente una mujer de cabaret. Dice:

*Prodigiosa alemana que te quiebras,  
Llena de gracia en el proscenio, al blando  
Murmullo de la orquesta, semejando  
La más original de las culebras.*

A los 17 años ya viene de regreso. Tiene mundo recorrido. Ya a esa esa edad, tiene reminiscencias de una «larga» vida. Así dice:

*Surges del fondo de mi estancia, luego  
Me arrebatas con ósculos de fuego  
que derrite la nieve de mi hastío,  
Y posando en mi sien tus manecitas,  
Con voz que es himno de pasión, musitas  
«amémonos por siempre, dueño mío».*

Como todo poeta principiante debió apasionarse con Gustavo Adolfo Bécquer [aquel de «volverán las oscuras golondrinas»], o con Porfirio Barba Jacob [aquel de: «hay días en que somos tan sórdidos, tan sórdidos»], o con Asunción Silva [aquel de: «y era una sola sombra larga, y era una sola sombra larga» ...], o con el prosista José Martí [aquel de: «los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas»], y por supuesto, con el maestro Rubén Darío [aquel de: «Margarita está linda la mar»].

Leía al Oscar Wilde del *Retrato de Dorian Gray*; al Heinrich Heine de *El libro de las canciones*; al Charles Baudelaire de *Las flores del mal*; al Edgar Allan Poe de *El Cuervo*.

Concomitante con la tendencia a la erudición enciclopedista América vivía la Era del Modernismo.

Rubén Darío puso a nuestra América en el mapa literario del mundo.

Se trataba de una corriente literaria preciosista, culterana, moralista, exotista, aristocrática, esteticista. Y Gaspar se adhirió a ella.

Antes y después de la independencia de Panamá de Colombia, después de la inauguración del Canal, en 1914, hubo roces permanentes entre las autoridades de la Zona del Canal y las autoridades panameñas, y así como hubo roces entre el pueblo y las autoridades de la Zona y Panamá.

¡Cómo no iba a haberlos si los hubo antes y después de la firma de los tratados Hay Bunau Varilla!

Por otro lado, en el vértice de los siglos XIX y XX se configuró y desencadenó la Gran Guerra, emergieron nuevos centros de poder, se creó un nuevo orden internacional.

Demás está decir que las vanguardias políticas, culturales y patrióticas, de los siglos XX y XXI, generación tras generación, una tras otra —con la exclusión de los grupos anexionistas— participaron en lo que hoy se conoce comúnmente como «alpinismo generacional».

Ya para terminar este vistazo panorámico de la vida y obra del poeta Gaspar Octavio Hernández —que debe ser visto como un abreboca para promover su lectura— leeré en forma espigada un texto de su impronta como maestro del periodismo panameño, titulado «Alrededor de la emancipación» que, a mi juicio, se apega mejor al contexto coyuntural y propositivo de su tiempo. Mucho más preciso y contundente que su «Canto a la bandera», leo:

*No hay redención sin martirio.*

*Para ser libre se necesita en primer lugar querer serlo, en segundo lugar, deber serlo, y en tercero no dejar de querer serlo.*

*Panamá quiso ser libre porque debía ser libre.*

De árboles vigorosos: vigorosos y sanos frutos.  
De padres dignos y valerosos: muchachos hidalgos y valientes.  
Rompimos la cadena española porque heredamos de España el deseo de ser libres y la altivez de poder serlo.  
Y porque amábamos la gloria amamos a Colombia.  
Y la patria fue hacia Colombia tal como pequeña hermana acude a la primogénita de una familia buena en busca del calor y el amparo.  
Y llegó al hogar de la hermana.  
Y sentada a la mesa vio malas caras.  
Oyó ásperos gritos de injuria.  
Vio crisparse muchos enemigos en su contra.  
Y en vez de pan le dieron maíz viejo. En vez de vino, vinagre.  
Y como no podía vivir en la ignominia, porque de España aprendió a ser altivo, volvió a su propia casa y abandonó la casa de la hermana.  
Un pueblo no debe ser mera agrupación de talibanes obsesionados únicamente por la idea de lucrar ordeñando vacas y especulando en todos los órdenes de la idea de los negocios.  
Si despreciamos el cultivo del espíritu; si al escudo de Minerva preferimos el caduco de Mercurio, el día llegará en que nuestras instituciones nacionales desaparecerán naufragos infelices— en el revuelto mar de intereses económicos y morales de pueblos más diligentes y educados que el nuestro.  
Y por ignorar el concepto de patria, ignorancia proveniente del desprecio que demostraron siempre por las sagradas cosas que reclaman la atención del alma, la Fenicia desapareció en la mar oscura de los tiempos dejando solo una siniestra estela de cobardía y de egoísmo.

Muchas gracias.

